

Fue justo al llegar a las inmediaciones del colegio cuando empezó a moverse con precaución.

Era como si existiera una frontera. Más allá de la avenida principal, comenzaba el territorio comanche, el peligro. Cada día lo mismo, pero en el fondo cada día era distinto.

Ellos podían superarse a sí mismos, especialmente en crueldad.

Su única esperanza era burlarles.

Conseguir llegar sano y salvo.

Porque otra cosa, como ganarles, o que le respetaran... Era un sueño, algo demasiado hermoso para ser verdad. Un imposible.

Se detuvo en la esquina sin atreverse a sacar la cabeza. Casi era la hora de entrar, así que tal vez

ellos estuviesen dentro. Algunos días hacían otras cosas, molestar a cualquier otro, o...

Sacó la cabeza.

Terreno despejado. Ni un atisbo de ellos. Si echaba a correr con todas sus fuerzas dependería de la suerte o de que lograra llegar hasta el colegio sin problemas. Una vez salvada la verja principal, no podían tocarlo. Normas. Si los veía un profesor o profesora, o si él los denunciaba, se les caía el pelo.

Aunque él nunca se atrevería a denunciarlos.

No estaba loco.

Reunió aire en los pulmones, pero las piernas le flaquearon en el instante supremo de recibir la orden de su cerebro de echar a correr. Lo probó de nuevo, las flexionó, desentumeció sus músculos. No eran más que setenta u ochenta metros.

Bueno, en algún caso eso podía ser como un maratón.

Lo probó por segunda vez. Primero miró más allá de la esquina, a derecha e izquierda. El día anterior habían salido de un portal cercano, interceptándole, cortándole el paso. No daba la im-

presión de que hubiera nadie. Lo más preocupante aunque no extraño era un coche aparcado a la derecha, y no se veía a ninguna persona agazapada detrás de él, así que a la de tres. A continuación repitió la toma de aire, aspirando a pleno pulmón. Finalmente más que una orden su cerebro emitió una señal de alarma.

Y echó a correr.

Salió de la esquina y echó a correr como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás, ni a los lados, pendiente tan solo de la puerta de entrada del colegio, por la cual ya penetraban los últimos chicos y chicas, los rezagados, los que esperaban y apuraban los instantes finales de libertad antes de las clases.

Sus pies volaban sobre el asfalto, su corazón impelía la sangre por sus venas como una locomotora el vapor, sus músculos respondían a la tensión del esfuerzo.

Pero pese a todo, a él se le antojó que iba despacio, muy despacio, a cámara lenta, y que la puerta del colegio, en lugar de acercarse, permanecía igual de lejana, o más aún, se apartaba de

él, como si la escena se estirara lo mismo que un chicle.

Le ganó metros a su miedo.

Diez, veinte, treinta.

Mitad de camino.

Iba a conseguirlo.

—¡Hoy sí! ¡Hoy sí! —jadeó.

Cincuenta metros. Apenas si quedaba un pequeño trecho, un gran esfuerzo final.

Entonces aparecieron.

Los tres.

Hank, Larry y William.

De detrás del coche aparcado. Del lugar donde no podían estar, porque no había visto ningún pie en el pequeño espacio que separaba las ruedas y el suelo del armazón de metal.

Le habían engañado.

—¡No! —gritó de terror.